

ses, imbuidos como se hallaban en las ideas del siglo diez y ocho, veían con poca satisfacción el próximo restablecimiento de la iglesia católica, los patriotas italianos veían con desesperación que los sacerdotes iban á recobrar entre ellos su imperio, no pudiendo por lo mismo llevar su complacencia el primer consul hasta el extremo de devolver á la Santa Sede las Legaciones, que no podían sufrir al gobierno clerical, y que eran por otra parte una porción prometida de la República Cisalpina. Empero la corte de Roma, que había pasado no pocos apuros desde que se vió privada de las rentas que sacaba de Bolonia, Ferrara y la Romania, discurría de otro modo. Por lo demás el papa, que en medio de las pompas del Vaticano vivía como un anacoreta, pensaba en los intereses terrenales menos que el cardenal Consalvi, y este menos que monseñor Spina, quien caminaba á paso de lobo en la negociacion, escuchando cuanto le decían con respecto á las cuestiones religiosas, dando á entender que para él este era el asunto primordial si no esclusivo; pero no obstante, procurando que la conversacion recayese sobre lo de las Legaciones, para lo cual hablaba de cuando en cuando de lo pobre que estaba la Santa Sede; pero no lograba que le entendiesen, y seguía alargando el asunto, hasta obtener alguna cosa que satisficiera en parte las esperanzas que con harta imprudencia había inspirado á su corte.

Ya hemos dicho que el primer consul eligió para que se entendiese con monseñor Spina al famoso abate Bernier; pacificador de la Vendée: este sacerdote que era un simple cura en la pro-

vincia de Anjou, desprovisto del brillo exterior que da una educacion esmerada, pero dotado de un profundo conocimiento de los hombres y de una prudencia superior, de que había dado suficientes pruebas en medio de las dificultades de la guerra civil, y muy entendido en materias canónicas, era el principal autor del restablecimiento de la paz en las provincias del Oeste, y naturalmente debía desear todo cuanto pudiera afirmarla. Mirando, pues, como miraba la reconciliacion de Francia con Roma, como medio seguro de llevar á su complemento esa paz que era obra suya, no cesaba de instar al primer consul para que apresurase las negociaciones con la iglesia, y con arreglo á las instrucciones que tenía dió á conocer al arzobispo de Corinto las proposiciones del gobierno francés ya enunciadas: que se obligaria á todos los obispos á que hiciesen dimision; que las ciento cincuenta y ocho sedes quedasen reducidas á setenta; que se formaria un nuevo clero compuesto de eclesiásticos sacados de todos los partidos; que este clero seria nombrado por el primer consul é instituido por el papa; que ofreceria formalmente someterse al gobierno establecido; que se le señalaria sueldo en el presupuesto del estado; que renunciando enteramente los bienes de la iglesia, se tendria por válida la venta de los bienes nacionales; que la autoridad civil representada por el Consejo de estado entenderia en el arreglo del culto; y por último, que la iglesia perdonaria á los sacerdotes que se hubiesen casado, agregándolos á la comunión de los fieles.

Cuando monseñor Spina oyó estas condicio-

nes se manifestó sumamente asombrado, calificándolas no solo de exorbitantes, sino de contrarias á la fé, y sostuvo que nunca consentiría en admitirlas el santo padre.

En primer lugar exigió que en el preámbulo del concordato se dijese que la religion católica era la *religion del estado* en Francia; que los cónsules hicieran públicamente profesion de fé, y que quedasen abolidas todas las leyes y actos contrarios á la mencionada declaracion.

En cuanto á la reduccion de diócesis, admitió el número de sedes; pero manifestó que el papa no tenía derecho para deponer á un obispo, que ninguno de sus predecesores se habia atrevido á hacerlo desde que existía la iglesia romana, y que si el santo padre autorizase semejante innovacion, crearia un segundo cisma, dirigido aquella vez contra el mismo santo padre; que lo único que podia hacer sobre aquel particular era entenderse amigablemente con el primer consul; que los antiguos titulares que mostraban buenos sentimientos para con el gobierno francés, serian llamados á su diócesis pura y simplemente, ó á lo menos ocuparían la diócesis correspondiente á la que hubiesen ocupado antes; que, por el contrario, los que con su anterior conducta ó la que entonces observasen no merecieran la confianza del gobierno, serian postergados, y que hasta su fallecimiento, que no debía tardar mucho en vista de lo ancianos que eran todos, gobernarían su sede interinamente administradores escogidos por el papa y el primer consul.

Monseñor Spina no aceptó pues, la idea de la composicion de un nuevo clero, sacado de entre

todos los sacerdotes y de todos los partidos, mas que para las sedes vacantes, y aun para estas no quería á los constitucionales, á menos que no hicieran una de esas retractaciones solemnes, que son para Roma un triunfo, y como una indemnizacion del perdon que concede.

Por lo que hace al nombramiento de obispos por parte del presidente de la República, y á su institucion por el papa, habia poca dificultad, pues como se partía naturalmente del principio de que el nuevo gobierno gozaria en Roma de todas las prerogativas que tuvo el antiguo, y el primer consul representaria en todo y por todo á los reyes de Francia, era claro que él debía nombrar los obispos. Sin embargo, el cargo de primer consul, á lo menos por entonces, era electivo, y aunque el general Bonaparte, que entonces lo desempeñaba, era católico, sus sucesores podrian no serlo, y como no se admitia en Roma que un príncipe protestante pudiese nombrar obispos, pidió monseñor Spina que se tuviera en cuenta esta escepcion.

Acerca de los curas, no presentó obstáculo alguno el negociador romano á que los eligiesen los obispos con aprobacion de la autoridad civil.

La promesa de sumision á las leyes quedó admitida, salvo los términos en que debía redactarse.

La consagracion por el papa de la venta de los bienes de la iglesia, costaba mucho al negociador romano, pues aunque conocia que era absolutamente imposible anular dichas ventas, pedía se ahorrase á la Santa Sede una declaracion que llevaba implícita la aprobacion moral de lo

que habia sucedido acerca de este punto. Renunciando como renunciaba á cualquier medida ulterior, no queria reconocer formalmente el derecho de enagenacion, pues decia que ni la iglesia misma tiene derecho para enagenar esos bienes, llamados *vota fidelium*, *patrimonium pauperum sacrificia peccatorum*. Sin embargo, añadia, puede renunciar al derecho de proseguir sus reclamaciones de devolucion, pero en cambio de esta renuncia pedia la restitucion de los no enagenados todavía, y que se concediese á los moribundos facultad para testar en favor de los establecimientos religiosos, lo cual equivalia á autorizar otra vez el estancamiento de la propiedad, y volver al antiguo orden de cosas, es decir, á crear un clero propietario.

Por último, lo del perdon concedido á los sacerdotes casados, y su reconciliacion con la iglesia, era un asunto puramente de indulgencia, fácil por parte de la corte de Roma, la cual siempre está dispuesta á perdonar, cuando es reconocida la culpa por el que la ha cometido. Sin embargo, esceptuaba del perdon á dos clases de sacerdotes, á los religiosos que habian hecho ciertos votos y á los prelados, con lo cual se enagenaba la voluntad de Mr. de Talleyrand, ministro de negocios extranjeros.

Aunque estas pretensiones de la corte de Roma no imposibilitaban realmente la buena inteligencia entre el gobierno francés y el pontificio, revelaban no obstante grave discordancia de pareceres. Así es que el primer consul estaba impaciente, y se avistó muchas veces con monseñor Spina, á quien manifestó que nunca se separaria

del principio fundamental de su proyecto, que consistia en formar nuevas diócesis y un nuevo clero, deponer á los antiguos titulares y escoger en todas las clases de sacerdotes á los que debian sustituirles. Le dijo tambien que su principio de gobierno estaba reducido á reunir á los hombres honrados y de saber de todos los partidos, principio que aplicaria á la iglesia y al estado, pues este era el único medio de poner fin á la alarma que reinaba en Francia, por lo cual insistiria en su resolucion invariablemente.

El abate Bernier, que al mismo tiempo que ambicionaba la gloria de ser el principal instrumento de la instalacion de la religion católica, era amante verdadero del bien, instó vivamente á monseñor Spina para que obviase las dificultades que la corte de Roma oponia al proyecto del primer consul. Declarar, decia, que la religion católica es la *religion del estado*, era una cosa tan imposible como contraria á las ideas que reinaban en Francia, y nunca accederian á que se manifestase en una ley ni el Tribunado ni el Cuerpo legislativo. Segun él no era preciso hacer semejante declaracion, bastando solo consignar el hecho de que la religion católica era la religion de la mayoría de los franceses, lo cual produciria el mismo efecto que la ansiada declaracion, sin necesidad de comprometer los verdaderos intereses de la iglesia insistiendo en una cosa que no era posible realizar. El primer consul podria concurrir en persona á las ceremonias solemnes del culto, lo cual significaba mucho en un hombre como él, pero no habia que pedirle se entregase á ciertas prácticas, como por ejemplo el confesar ó co-

mulgar, que no traspasasen los límites en que convenia encerrarse por consideraciones al público francés, pues lo contrario seria lo mismo que querer chocar ó ponerse en ridiculo, en vez de atraerse los ánimos. El recabar de los antiguos titulares que hiciesen dimision era cosa muy sencilla, pues no pasaba de ser una consecuencia del paso que dieron para con Pio VI en 1790, en cuya época, los prelados franceses, á fin de demostrar que resistian, por el interés de la fé y no por el suyo propio, declararon que aceptaban al papa por árbitro para que dispusiese de sus sedes, y que si creia que debian abandonarlas en favor de la constitucion civil, se someterian ciegamente. Lo único, pues, que habia que hacer era cogerles la palabra, exigiendo cumplieran lo que solemnemente habian ofrecido, y si algunos de ellos impedian por motivos personales el bien que iba á resultar de restablecer el culto en Francia, debia considerárseles, no como titulares, sino como dimisionarios de 1790, en apoyo de lo cual añadia el abate Bernier que habia un ejemplo de este género en la iglesia, á saber la renuncia en masa de trescientos obispos de Africa, renuncia admitida para poner fin al cisma de los donatistas, si bien es verdad que no habian sido depuestos. En cuanto á las elecciones que habia que hacer, era preciso conceder al primer consul al principio de la fusion, que estaba dispuesto á aplicar en beneficio de los sacerdotes *no juramentados*, escogiendo dos ó tres constitucionales, únicamente para ejemplo, pero en masa no llamaria mas que á los ortodoxos. En esta parte dijo el negociador francés mas de lo que debia, obrando por cuenta pro-

pia, pues aunque era cierto que el primer consul estimaba muy poco á los obispos constitucionales, quienes en su mayor parte eran jansenistas de escaso entendimiento ó declamadores de clubs; aunque tambien lo era que solo estimaba á los simples sacerdotes que prestaron juramento acatando las leyes, llevados del deseo de continuar desempeñando su sagrado ministerio, y no se aprovecharon de las revueltas de aquellos tiempos para ascender en la gerarquía sacerdotal, no obstante, cualquiera que fuese el aprecio que profesara á los obispos constitucionales, tenia empeño en realizar la fusion que habia concebido, y no se hallaba tan dispuesto á abandonar los derechos del clero *juramentado*, como daba á entender el abate Bernier para conseguir que se verificase la reconciliacion. En cuanto al nombramiento de los obispos por parte del primer consul, era necesario, segun el abate Bernier prescindir de una dificultad muy remota y poco probable, la de que el primer consul que gobernase á Francia fuese algun dia protestante; cosa inverosimil y en la que no debia pensarse siquiera. Con respecto á los bienes del clero, convenia ponerse cuanto antes de acuerdo acerca de los términos de su redaccion, supuesto que no habia divergencia de opiniones; en cuanto al principio, y por lo que hace á la restitution de los bienes no vendidos, así como á las donaciones testamentarias en bienes raices, eran inconciliables con los principios políticos que entonces se hallaban en rigor en Francia, principios enteramente contrarios á la amortizacion de los bienes, desuerte que tenia que contentarse la Santa Sede con una cesion, con la de que las do-

naciones constituirian una renta sobre el estado.

Ya era tiempo, decia por último el abate Bernier, de celebrar un tratado amistoso, pues el primer consul empezaba á impacientarse, creyendo que el papa no se atrevia á romper con el partido emigrado, para entregarse enteramente á la Francia, y acabaria por renunciar al bien que se habia propuesto realizar, dejando á los sacerdotes abandonados á sí mismos, y que la iglesia llegara á ser en Francia lo que pudiera, sin contar que en Italia observaria una conducta hostil á la corte de Roma. Segun el abate Bernier, era haber perdido el discernimiento no aprovecharse de la buena disposición en que se hallaba un hombre tan grande, y á quien solo era dado salvar la religion; ademas de que tambien él tenia que luchar con graves dificultades, que venian de parte del bando revolucionario, y lejos de contrariarle en sus intentos, debian ayudarle á que venciese estas dificultades, concediéndole lo que necesitaba para atraerse los ánimos, poco dispuestos en Francia en favor del culto católico.

Monseñor Spina comenzaba á verse en una situacion embarazosa, pues era creyente y mas que creyente, codicioso, y al mismo tiempo que no cesaba de pedir dinero á su corte, su mas vivo deseo era hacerla tan rica y pródiga como en tiempos antiguos; pero se desanimaba al ver el poco éxito que tenian sus insinuaciones relativas á las provincias perdidas. Conocia que el primer consul, tan astuto como los sacerdotes italianos, no queria esplicarse con hombres que tampoco se esplicaban, y veia ademas á todas las cortes, por decirlo así, á sus pies; veia al negociador ruso,

Mr. de Kalitscheff, obligado á retirarse despues de haber querido proteger con tanta insolencia á los príncipes de Italia, á toda la Alemania dependiente de la Francia, á causa de la division hecha para la indemnizacion territorial, al Portugal sometido y hasta á la misma Inglaterra impelida á hacer la paz, por el cansancio de la lucha. En vista de semejante estado de cosas, estaba convencido de que no habia mas recurso que someterse, y esperar lo que deseaban únicamente de la voluntad del primer consul; pero, aunque dispuesto á ceder monseñor Spina, no se atrevia á adherirse á condiciones tan absolutas como las que el gabinete francés habia puesto, decidido á lo que parecia, á no separarse de ellas por ser conformes á lo que imperiosamente exigia la situacion de las cosas.

El primer consul, con el vigor que estaba acostumbrado á desplegar, sacó de apuros al negociador romano, pues precisamente en aquel momento caminaban á un tiempo todas las negociaciones de que mas arriba hemos hablado, y especialmente la entablada con Inglaterra, y pensando con cierto regocijo en el mágico efecto que produciria una paz general que comprendiese hasta á la misma iglesia, quiso acabar de una vez dando un paso pronto y decisivo. Mandó, pues, redactar un proyecto de concordato para presentar definitivamente á monseñor Spina, á dos eclesiásticos secularizados, Mr. de Talleyrand y Mr. de Hauterive, quienes se ocupaban en arreglar la negociacion; si bien era una fortuna que el que mas directamente se entendia con monseñor Spina fuese el hábil y ortodoxo Bernier. El

proyecto, escrito por Mr. Hanterive, y revisado por el abate Bernier, era tan sencillo y claro como terminante, y contenia, redactado en forma de ley, todo cuanto habia propuesto la legacion francesa, de suerte que cuando fué presentado á monseñor Spina, se inmutó, y aunque prometió enviarlo á su corte, declaró que no podia firmarlo. ¿Por qué, le dijeron, no quereis que lleve vuestra firma? ¿no teneis poder para ello? pero en tal caso ¿qué haceis en París despues de seis meses? ¿por qué afectais el papel de negociador, cuando no podeis continuar desempeñándolo el tiempo necesario, es decir, hasta la terminacion del negocio? ¿creeis que el proyecto no es admisible? En este caso manifestadlo francamente, y el gabinete francés, que no puede conceder otras condiciones, dejará de tratar con vos; rompa ó no con la Santa Sede, no se entenderá con monseñor Spina.

El astuto prelado no supo que responder; pero afirmó que estaba autorizado para tratar con el gabinete francés, y aunque no se atrevió á confesar que tenia por inadmisibles las proposiciones del primer consul, alegó que en materia de religion unicamente podia aceptar un tratado el papa, de acuerdo con los cardenales, por lo cual repitió la oferta que ya habia hecho de enviar á su santidad el proyecto del primer consul. Corriente, le dijeron, mas á lo menos manifestad al tiempo de enviarlo que lo aprobais. Monseñor Spina no accedió á lo que se le pedia, limitándose á contestar, que instaria al santo padre para que adoptase un tratado que tenia por objeto restablecer en Francia la fé católica.

Despachose un correo para Roma con el proyecto de concordato, y una orden en que se prevenia á Mr. de Cacault, embajador de Francia cerca de la Santa Sede, que lo sometiese á la aceptacion inmediata y definitiva del papa. El mismo correo llevaba un regalo que debia causar gran regocijo en Italia, la famosa virgen de madera de Nuestra Señora de Loreto que en tiempo del Directorio fué arrebatada de Loreto mismo, y colocada despues en la biblioteca nacional de París como objeto de curiosidad. El primer consul sabia que para muchos creyentes sinceros é irritables era motivo de escándalo el estar depositada en la biblioteca semejante reliquia, y por eso la devolvió á Roma al mismo tiempo que enviaba el proyecto de concordato.

Aquel regalo fué recibido en la Romania con un alborozo difícil de comprender en Francia, y el papa acogió el concordato mejor de lo que se esperaba, pues el digno pontífice, que mas se ocupaba en los intereses de la fé que en sus intereses temporales, nada vió en el proyecto que no fuera admisible, y creyó que haciendo algunas correcciones de redaccion contendria al primer consul, cosa importantísima para él, pues el restablecimiento de la religion en Francia era á sus ojos el asunto mas grave y esencial de la iglesia.

Nombró, pues, á los cardenales Cavadini, Antonelli y Gerdil, hombres los dos primeros que pasaban por los personages mas instruidos de la iglesia, y francés, por decirlo así el tercero, pues era hijo de Saboya, para que examinasen el proyecto enviado de París, intimando á los tres que

se diesen prisa. Así que concluyeron su exámen, dieron cuenta de su proceder á una congregacion de doce cardenales, elegidos entre los que se hallaban en Roma, y mejor comprendian los intereses de la iglesia romana, no sin que antes se les exigiese juráran, poniendo la mano sobre los Evangelios, que guardarían secreto, pues temiendo el papa los manejos y gritos de los emigrados franceses, procuraba que la decision del sacro colegio estubiese al abrigo de cualquiera influencia de partido. Por su parte, pues, se hicieron los mayores esfuerzos para terminar pronto la transaccion, á lo cual contribuiría mucho sin duda el tener á su lado un ministro francés á quien apreciaba, pues Mr. de Cacault era un hombre de tanto valor como talento, que participaba de los recuerdos del siglo XVIII, y de los sentimientos que Roma inspira á cuantos viven en medio de su decaida grandeza y su pompa religiosa. Antes de dejar á París pidió instrucciones Mr. de Cacault al primer cónsul, y este le respondió con las siguientes sublimes palabras:—Tratad al papa como si tuviera doscientos mil soldados.—Mr. de Cacault queria bien á Pio VII, y al general Bonaparte, y todos sus conatos se dirigian á hacer que ambos se estimaran mutuamente, y para lograr su noble propósito decia frecuentemente al sumo pontífice:—Tened confianza en el primer cónsul, y ya vereis como arregla vuestros asuntos; mas para conseguirlo necesita que hagais lo que os pide.—Y al primer cónsul le decia:—Tened un poco de paciencia, que el papa es el mas amable y bendito de los hombres, y quiere daros gusto; pero necesita tomarse tiempo.

Es preciso que tanto él como los cardenales se vayan acostumbrando á las proposiciones absolutas que enviais aquí, pues Roma es mas creyente de lo que pensais; es preciso tratar á esta corte con dulzura, y si la cansamos con nuestra precipitacion y nuestros arrebatos, apelará al martirio, como el único recurso de su situacion.—Estos prudentes consejos calmaban la impetuosidad del primer cónsul, haciéndole llevar en paciencia el meticoloso exámen de la corte de Roma.

En fin, terminado el trabajo, tuvieron el papa y el cardenal Consalvi varias conferencias con Mr. de Cacault, á quien comunicaron el proyecto romano, y como Mr. de Cacault viese que distaba mucho del proyecto francés, hizo reiterados esfuerzos para que lo modificasen. Entonces hubo que recurrir por segunda vez á la congregacion de los doce cardenales, en lo que se invirtió mucho tiempo, de modo que sin alcanzar notables resultados, Mr. de Cacault contribuyó á que se perdiera un mes, hasta que al fin se pusieron de acuerdo segun les fué dable, llegando á adoptar un proyecto que se diferenciaba del que habia formado el primer cónsul en lo siguiente:

Se declararia que la religion católica era la religion del estado en Francia; los cónsules la profesarian públicamente, y hecha la reduccion que queria el primer cónsul, serian sesenta las diócesis; el papa se dirigiria á los antiguos titulares exhortandolos á que renunciásen voluntariamente, para lo cual les recordaria la dimision que hicieron en 1790, y como era probable que muchos fuesen dóciles, habria suficientes sedes vacantes con las que resultasen y las que ya lo estaban por

muerte de algunos obispos, para que el gobierno nombrase á los que tuviera á bien: en cuanto á los que no quisieran hacer dimision, el papa tomara las medidas convenientes para que no siguieran administrando sus sedes.

El bondadoso pontifice decia al primer consul en una afectuosa carta que le dirigió: dispensadme el que no declare públicamente que destituiré á ancianos prelados que han sufrido crueles persecuciones por la causa de la iglesia, pues en primer lugar no está muy claro el derecho que para ello pueda asistirme, y en segundo me cuesta mucho tener que tratar así á unos ministros del altar que son desgraciados y gimen en el destierro. ¿Qué responderiais vos á los que os exigieran que sacrificaseis á los generales que están á vuestro lado, y con cuyo apoyo habeis alcanzado tantas victorias?.. El resultado que os habeis propuesto conseguir, será el mismo en el fondo, pues sea por muerte ó por dimision, la mayor parte de las sedes, vendrán á quedar vacantes, pudiendo proveerlas como gustéis, y en cuanto al corto número de las que sigan ocupadas, porque algunos no quieran hacer dimision, aunque no nombremos para ellas titulares, haremos sin embargo que las administren vicarios que merezcan vuestra confianza y la nuestra.

Acerca de los demas puntos, casi era igual el proyecto romano al francés, pues concedia al primer consul la facultad de nombrar, esceptuando el caso en que este fuera protestante, contenia la consagracion de las ventas de los bienes nacionales, siempre insistiendo en pedir que pudiera recibir el clero donaciones en fincas, y otorgaba á

los sacerdotes casados, las indulgencias de la iglesia.

La dificultad mas grave, era sin disputa, el deponer á los antiguos obispos que no quisieran hacer dimision, sacrificio que costaba mucho al papa, pues equivalia á inmolarse á los pies del primer consul, al antiguo clero francés. Sin embargo, era indispensable para que el primer consul pudiera suprimir á su vez el clero constitucional, y de todos ellos formar uno, compuesto de sacerdotes, sacados de todas las sectas y que se hubiesen dado á estimar. En todos los siglos ha habido ocasiones como la de que vamos tratando, en que para salvar á la iglesia, han tenido los papas que tomar grandes resoluciones; pero en el momento de decidirse á obrar, vacilaba el benévolo y tímido Pío VII.

Mientras que así invertian el tiempo en Roma; ya conferenciando unos con otros los cardenales, ya avistándose Mr. de Cacault con el secretario de estado, el primer consul perdió la paciencia temiendo que la corte de Roma estuviese intrigando con los emigrados ó con las cortes estrangeras, especialmente con el Austria. A su natural desconfianza, se unieron las sugerencias de los enemigos de la religion, quienes trataron de persuadirle que le estaban engañando, y que á pesar de toda su penetracion y habilidad, habia conseguido envolverle la astucia italiana. No se hallaba muy dispuesto á creer que hubiera quien fuese mas astuto que él; pero sin embargo, queriendo echar la sonda en un mar tan profundo, á lo que parecia, dió en París un paso amenazador, precisamente el mismo dia (13 de mayo) en que salia

de Roma un correo con los pliegos de la Santa Sede.

Mandó á llamar á la Malmaison al abate Bernier, monseñor Spina, y Mr. de Talleyrand, y les declaró que no le inspiraba confianza la corte de Roma, que se manifestaba eminentemente mas dispuesta á contemplar á los emigrados que á reconciliarse con la Francia, y á proteger mas el interés de partido que el de la religion, que no estaba conforme con que consultase á cortes enemigas, y acaso con los gefes de la emigracion, para saber si entraria ó no en tratos con la república francesa; que pudiendo como podia la iglesia recibir de él inmensos beneficios, debia aceptarlos ó rehusarlos sin dilacion, y no retardar el bien de los pueblos con dudas que á nada conducian, y consultas impertinentes; que supuesto que la Santa Sede no queria secundar sus miras, obraria por sí; que no perseguiria á la iglesia, pero dejaria á los sacerdotes en el estado en que se hallaban, limitándose á castigar á los turbulentos, y dejando á los demás vivir como pudieran; y que se consideraria libre de todo compromiso, para con la corte romana, incluso los de que se hacia mencion en el tratado de Tolentino, puesto que este tratado desapareció de hecho el dia en que se declaró la guerra entre Pio VI, y el Directorio. Al pronunciar estas palabras, el tono del primer consul, era frio, positivo y aterrador, aunque dió á entender, como complemento á su declaracion, que seguia teniendo confianza en el santo padre, pero que imputaba la lealtad al cardenal Consalvi y á los que rodeaban al papa.

El primer consul logró su objeto, pues el

malaventurado Spina dejó el palacio de la Malmaison sumamente turbado, y se trasladó inmediatamente á Paris, escribiendo á su corte lo que habia, con palabras que revelaban el terror que le habia causado la declaracion del primer consul. Mr. de Talleyrand escribió por su parte á Mr. de Cacault un despacho conforme con la conferencia celebrada en el palacio de la Malmaison, mandandole que se avistase con el papa y el cardenal Consalvi, y les declarara que el primer consul tenia suma confianza en el carácter personal del santo padre, pero no así en su gobierno; que estaba dispuesto á interrumpir unas negociaciones en que no reinaba la mayor sinceridad, y que Mr. de Cacault, tenia orden de dejar á Roma en el término de cinco dias, sino se adoptaba inmediatamente el proyecto de concordato, ó se adoptaba solo con algunas modificaciones. En efecto, Mr. de Cacault tenia orden de retirarse en este plazo á Florencia y esperar allí la resolucion del primer consul.

Este pliego llegó á Roma á últimos de mayo, y causó mucho pesar á Mr. de Cacault, porque temia que las órdenes de que era portador, impeliesen á la corte romana á tomar una determinacion desesperada, y sentia sobre todo, tener que alligir á un pontífice á quien profesaba verdadero cariño. Sin embargo, como las órdenes del primer consul eran tan terminantes que no habia medio de eludir su cumplimiento, Mr. de Cacault fué á ver al papa y al cardenal Consalvi, y les enseñó las instrucciones de que iba provisto, las cuales causaron á ambos profundo dolor, especialmente al cardenal Consalvi, que se llenó

de terror al verse designado claramente en los despachos del primer consul como el autor de los interminables trámites de aquella negociacion. Sin embargo, no era tan culpable como parecia, pues las añejas formas de aquella cancelleria, la mas antigua del mundo, eran la única causa de la tardanza de que se quejaba el primer consul, á lo menos desde que el negocio habia pasado á Roma. Mr. de Cacault propuso al papa y al cardenal Consalvi una idea que al pronto los sorprendió no poco; pero despues les pareció que era el único camino de salvacion que les quedaba.—Puesto que no quereis, les dijo, admitir el concordato remitido de Paris conforme está redactado, ¿por qué no marcha á Francia el cardenal mismo, autorizado por vos para negociar? Con eso se dará á conocer del primer consul, á quien inspirará confianza, y logrará se varien los términos en que está estendido el concordato, salvando con su presencia cualquiera dificultad que se suscite, y evitando se pierda un tiempo precioso, que es lo que mas exalta el carácter impaciente del gefe de nuestro gobierno. De este modo saldreis de un gran peligro, y se salvarán los intereses de la religion.—El papa sentia mucho separarse de un ministro sin el cual no acertaba á hacer nada, y que era el único que le daba fuerza para sufrir los trabajos inherentes á la soberanía. Sumergido en una horrible incertidumbre, consideraba no obstante, acertada y prudente la idea de Mr. Cacault, pero muy cruel la separacion que se le proponia.

La faccion compuesta, no solo de emigrados, sino de todos los europeos que aborrecian á la

revolucion francesa, esa faccion implacable cuyo deseo hubiera sido que estuyese eternamente en guerra nuestro pais, que vió con sentimiento la terminacion de la guerra civil en la Vendée, y que veia con no menos sentimiento que el cisma tocaba ya á su fin, inundaba á Roma de cartas, y cubria las esquinas de las calles con pasquines, en uno de los cuales se decia, que por salvar la fé habia perdido Pio VI la Santa Sede, y que por salvar la Santa Sede iba á perder la fé Pio VII (1). Las invectivas que le dirigian, no hacian vacilar á aquel sensible pontífice, pero severo en el cumplimiento de sus deberes, en su resolucion de salvar á la iglesia, á pesar de todos los partidos, y del partido de la iglesia misma; pero el cardenal Consalvi era confidente y amigo suyo, y sentia amargamente tener que separarse de él. El cardenal por su parte temia ir á Paris, á ese golfo revolucionario que segun se decia habia devorado á tantas victimas, y temblaba al pensar que iba á verse en presencia del temible general, objeto á un mismo tiempo de admiracion y de temor, y que monseñor Spina le pintaba particularmente irritado contra el secretario de estado. Aquellos desventurados sacerdotes, tenian mil ideas equivocadas acerca de Francia y del gobierno que se hallaba á su frente, y aunque era fama que el pais habia mejorado mucho, se estremecian solo al pensar que

- (1) Pio VI per conservar la fede,
perde la sede.
Pio VII per conservar la sede,
perde la fede.